

BALANCE DE LA BIENAL DE FLAMENCO

La nueva generación toma el mando

► Vicente Amigo, Marina Heredia, José Valencia, el Granaíno, María Pagés o Rocío Molina garantizan la salud del género en un momento crítico

ALBERTO GARCÍA REYES
SEVILLA

Hay dos balances de la Bienal: el económico y el artístico. Y de los dos sale reforzado el festival en su XIX edición a pesar de que los contratiempos se han acumulado y de que se han programado varios espectáculos que no eran estrictamente jondos, razón por la que un sector del público ha mostrado un malestar legítimo. El análisis general no puede soslayar esos errores, que exigen una reflexión. El espectáculo de Esperanza Fernández cantando canciones del cubano Beny Moré y el de Isabel Bayón, con dirección de Israel Galván, dando sustos a la gente no encajan en un certamen temático como

éste porque no son de flamenco, sino de flamencos haciendo otra cosa. No es una cuestión de calidad, porque en ambos casos los artistas la garantizan, sino de oportunidad. Se puede experimentar dentro de las fronteras jondas, nunca fuera de ellas. Dicho de otro modo: no basta con ser un artista flamenco acreditado, sino que además hay que hacer flamenco. Porque eso es lo que quiere el espectador que paga una entrada en Sevilla en septiembre. La XIX Bienal ha demostrado que la marca está consolidada y ha obtenido cifras récord de público. Sólo han dejado de agotar las localidades dos espectáculos. El resto, salvo las butacas de protocolo, que ése es otro tema grave, ha colgado el «no hay billetes». Por lo tanto, desde el punto de vista de la repercusión estamos ante una edición histórica. Sin precedentes. La Bienal es, definitivamente, el mayor y más importante acontecimiento cultural de la ciudad. Esa es la conclusión más clara e incontestable que se puede emitir desde el punto de vista económico. El festival ha calado en la calle, atrae por fin a los sevillanos y sigue siendo una referencia fundamental para los turistas.

La otra cara de la moneda es la programación. El reto de este año era durísimo. La desaparición de genios his-

tóricos de manera prematura ha dejado al género sin faros. Había que apostar por las nuevas generaciones y poner en el escaparate a los posibles herederos. Y en este camino se ha producido una sorpresa curiosa: la mayoría de los nombres sobradamente conocidos del cartel ha sembrado dudas, mientras que otros artistas programados en horarios supuestamente secundarios se han consagrado. En el «prime time» los espectáculos más sonados han sido los de Vicente Amigo, María Pagés y el cuarteto formado por Ana Mari Bueno, Milagros Mengibar, José Galván y Manolo Marín en el Maestranza; Patricia Guerrero, José Valencia y Marina Heredia en el Lope de Vega; y Dani de Morón y Dorantes en el Alcázar. Las demás figuras han estado a la altura de su calidad, pero sin sorprender. Es el caso de Eva Yerbabuena, Farruquito, Tomatito, Antonio Canales, Antonio Reyes, Pastora Galván, José Mercé o Estrella Morente con la inauguración que sustituyó a Riqueni.

El resto de grandes citas hay que señalarlas en horarios supuestamente menores. A las once de la noche han triunfado el jerezano Jesús Méndez, el bailar sevillano Andrés Marín, la bailaora malagueña Rocío Molina y, sobre todo, el cantaor Pedro el Granaíno, probablemente el artista que más ha ganado tras su paso por la Bienal. Y en San Luis de los Franceses han dado alabanzas importantes la cantaora onubense Rocío Márquez y el veterano Jaime el Parrón. Esto arroja, de entrada, una extraordinaria noticia: el flamenco goza de buena salud. Para eso sirve exactamente un festival de estas características: para exponer la situación exacta del género cada dos años y para buscar debajo de las piedras cuando llegan momentos críticos como el actual, en el que faltan casi todos los grandes referentes de finales del siglo XX. Hay que achacarle al director, Cristóbal Ortega, ciertas ausencias que el gran público no entiende con facilidad, como Miguel Poveda, Sara Baras o

Carmen Linares. Pero a pesar de que la cita es larga y ancha, no cabe todo el mundo. Es obligatorio rotar. Hay que asumir riesgos y abrirse a todas las estéticas que ofrece el género en estos momentos. Ésa es la clave del éxito, que ha de estar por encima de críticas localistas y perspectivas miopes: la Bienal no tiene que ser buena o mala en función de las decisiones del programador, sino del nivel que en cada momento tenga el flamenco. Y eso ya se ha logrado. A quien quiera saber cómo está el género le basta con venir a Sevilla en septiembre. Hay que cosas que mejorar, como la gestión de los cambios en la programación. Pero la senda tomada es la idónea. A los oles que se han dicho en los teatros nos re- mitimos.

Marina Heredia
La cantaora granadina formó un lío histórico en el Lope de Vega con un recital en el que rescató al maestro Paco del Gastor

Vicente Amigo
El guitarrista de Guadalcanal se encumbró como gran referente de la guitarra flamenca del siglo XXI

Los grandes protagonistas

José Valencia
El cantaor lebrijano se consagró con su homenaje al maestro Juan Peña, dirigido magistralmente por el guitarrista Pedro Peña.

El Granaíno
Pedro Heredia Reyes, el Granaíno, llegó a la Bienal como cantaor interesante y ha salido de ella como figura tras su mano a mano con Rancapino Chico.

Dani de Morón
El joven guitarrista moronense es otro de los grandes triunfadores de esta edición gracias a un concierto revolucionario en el Alcázar.

María Pagés
Entre los grandes nombres, la más acertada ha sido de nuevo la bailaora sevillana, que presentó un espectáculo sin fisuras.

Rocío Molina
La bailaora malagueña es otro de los hitos del certamen gracias a una obra de cuatro horas en la que hizo un maratón insuperable de baile.